

POSICIÓN DE ROMA EN LA HISTORIA UNIVERSAL

José María de Peralta y Sosa

CATEDRÁTICO DE HISTORIA. FACULTAD DE EDUCACIÓN
UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA

RESUMEN

En estos momentos en el que la unidad de Europa es cada día más una realidad, parece oportuno recordar nuestros orígenes comunes a través de Roma y su Imperio. Hoy que se puede recorrer Europa sin trabas aduaneras, pretendemos rememorar los siglos en que cualquiera de estos pueblos sentía el orgullo de ser "ciudadano romano".

SUMMARY

At this time in the one which the Europe unit is each day most a reality, seems timely to recall our common origins through Rome and this Empire. Today that it traveled Europe without customs hobbles, we intend to remember the centuries in which anyone of these peoples was feeling the pride of be "citizen romanö".

"POSICIÓN DE ROMA EN LA HISTORIA UNIVERSAL"

La Historia Romana tiene una `personalidad inconfundible en el conjunto de la Historia Universal, personalidad que se evidenció a los propios griegos y romanos en los días mismos de la grandeza de Roma. En la constitución de la historia nacional romana, existe una figura dominante, decisiva, la de un extranjero: Polibio de Megalópolis. Había de ser Polibio el primer historiador de gran estilo que superase, –al tratar de Roma–, la tradicional y estrecha concepción de los analistas. Por primera vez se pregunta Polibio por la misión universal del pueblo romano, por primera vez en su libro queda concebido el pueblo romano como un agente de la historia universal.

Y, sin embargo, no había llegado Roma todavía al momento culminante de su poderío, al Imperio, aún cuando había realizado ya las empresas previas fundamentales que la convertían para muchos siglos en rectora del mundo antiguo.

Polibio influye extraordinariamente en Tito Livio y a través de éste en toda la Literatura histórica de Roma. Livio es, aún tiempo historiador y cantor de la grandeza de Roma. Las ideas centrales que inspiran el gran Epos histórico de Livio se hallan también en los poetas.

Entre los tan conocidos versos de Virgilio (Eneida VI, 851) escritos en los días del apogeo romano:

"Tu regere imperio populos, Romane, memento
hae tibi erunt artes - pacisque imponere morem,
parcere subiectis et debellare superbos"

Y los de Rutilio Namaciano (De itinere suo), pensados y escritos en los días de la decadencia:

"patriam fecisti diversis gentibus unam".

se contiene todo el orgullo nacional de la poesía y la historiografía romanas. Basta leer a Floro para comprender el concepto que el romano poseía de la Historia de Roma. A medida que corren los años este concepto evoluciona, pero mantiene a lo largo de su evolución una nota central: El papel directivo de ésta en el mundo. Así se llega hasta el providencialista Orosio, para quien Roma preparaba el camino y el advenimiento del Cristianismo.

La Edad Media recoge y prolonga esta idea de la Antigüedad. Roma es para el hombre medieval una nostalgia y un imperecedero ejemplo. Así como a través del Sacro Imperio Romano Germánico se quiere mantener la continuidad política con el orbe imperial romano, así, también, a través de la historiografía se percibe el respeto del hombre medieval por la Historia de Roma.

Las primeras corrientes críticas suscítanse en los días del Humanismo. La Historia de Roma, como capítulo de la Historia Universal sometido a investigación y constantes revisiones, evoluciona y progresa al compás que la Filología Clásica en la Edad Moderna. Entre los siglos XVI y XVIII se constituye una conciencia histórica ante el pasado romano, integrado por el triple progreso y ampliación de la Filología, la Arqueología y el Derecho Romano. El establecimiento, cada vez más seguro y completo, de los clásicos: mejor conocimiento del arte, las inscripciones y las monedas, y la penetración, desde Cuyacio hasta Savigny, en el mundo jurídico romano, permiten llegar, con el siglo XIX a la constitución de una exacta y rigurosa historia de la antigüedad romana.

En este sentido, ya plenamente crítico y científico, puede considerarse como fundador de la moderna disciplina a Bartoldo Jorge Niebuhr, con su Historia de Roma, comenzada a editarse en 1.811. Teodoro Mommsen (m. 1.903), heredero de una vasta tradición científica y del esfuerzo espléndido de Niebuhr, incorpora genialmente todas las técnicas (historia jurídica, epigrafía, arqueología, filología), que podían arrojar alguna luz sobre el pasado de Roma.

En él se inicia una nueva era para el estudio de la Antigüedad Romana. A partir de Mommsen son tratados críticamente todos los problemas, y queda planteada, además, en su más variada diversidad (cultural, económica, política, militar) dicha historia. La etapa pos-mommseniana responde ya al período actual de los conocimientos sobre la Historia de Roma: Körnemann, Meyer, Pais, De Sanctis, Homo, Rostovzeff, etc.

En la inmensa bibliografía, equivalente por sí sola a una literatura producida sobre esta cuestión desde el Renacimiento hasta la actualidad, persiste la misma preocupación que ya apuntaba en los días mismos del esplendor romano, a través de sus propios historiadores: valorar la influencia y misión de Roma en la Historia Universal.

Hay un momento de la historia antigua en que la vida histórica de Roma es propiamente la Historia Universal. Y ese es el aspecto de la cuestión que ahora nos interesa.

En ésta, pues, hay tres etapas claramente definidas: conquista de Italia, lucha por la hegemonía del mundo, y ejercicio secular de esta hegemonía.

El primer período llega desde los tiempos primitivos, hasta el año 264 (a. C.), el año de la conquista de Tarento, en que toda Italia, salvo la Galia Cisalpina, está sometida. Este primer período, en parte protohistórico y plenamente histórico en sus tres últimos siglos, representa el máximo esfuerzo realizado por Roma para salir de su oscuridad originaria.

En un principio constituía un Estado "bárbaro" del que la historiografía griega, aún más curiosa y ávida de noticias no se preocupaba. El año 406 (a.C.), cuando se ventilaba en Grecia el tercer período de la Guerra del Peloponeso, que habría de dar a Esparta la victoria, pasadas ya las jornadas más brillantes de la historia helénica, empeñábase Roma en una lucha oscura por su propia existencia y por la hegemonía de la Italia central: La Guerra con Veyes. Y en la época en que Alejandro se adueñaba del Mundo y llevaba al Oriente el espíritu griego (336-323 a.C.), iniciaba Roma las Guerras del Samnium, que le abrirían el acceso a la Italia meridional

El período de oscuridad está superado. La historiografía griega puede servir de índice para apreciar esta progresiva importancia que Roma va adquiriendo en la opinión del mundo antiguo. Desde los historiadores del siglo de Pericles, que ni citan su nombre, hasta Polibio, que la constituye en centro de la Historia Universal, hay una gama variadísima de interés que va cubriendo lustro por lustro a través de jalones perfectamente acusados: Hyppis de Rhegium, Antioco de Siracusa y Filisto de Siracusa, Eforo de Cumas, Teopompo, Lykos de Rhegium, Calias, Jerónimo de Kardia, y Timeo.

El avance de Roma hacia la Italia meridional pone de relieve que esta

potencia joven y pujante aspira a la hegemonía del Mundo. Pirro es de los primeros estadistas del mundo helenístico que así lo comprenden. Pirro es vencido, ocupado Tarento, y el mismo año 264 (a. C.) que cierra el primer período de la historia de Roma, abre la segunda etapa: la lucha por el dominio del mundo.

Cuando esta lucha comienza, con la primera guerra púnica, ya no es Roma ese oscuro Estado italiano que lucha con vejetanos y samnitas. Es ahora una potencia de primer orden que aspira a someter el mosaico de estados helenísticos que la fragmentación del Imperio Macedónico dejó en el Mediterráneo.

A partir de este momento la historia romana será cada vez más, por extraña paradoja, historia nacional, al tiempo que Historia Universal. Cartago es vencida repetidamente. Las dos grandes Guerras Púnicas dan como resultado sucesivas amplificaciones de la expansión romana. Después de la terrible paz del año 201 (a. C.), aniquilada Cartago, Roma se halla nuevamente ante su verdadero rival: el Mundo Griego, en la persona de Filipo V de Macedonia, en quien encarna la tradición imperialista macedónica.

La batalla de Cinoscéfalos consagra la hegemonía mundial romana. A partir de esta fecha, 197 (a.C.), Roma realiza en Grecia una atroz política de mediatizaciones, discordias y vigilancia implacable sobre las ciudades griegas. Los alzamientos macedonios son dominados, vencidos Perseo y Andrisko, y desde el año 146 el mundo helénico no existe ya sino como provincia romana. En adelante, la Historia Universal (me refiero al mundo occidental) ha de verificarse en el marco de la historia de Roma.

La dominación mundial es un hecho. Falta encontrar una forma estatal más apta para mantenerla y lograr las últimas amplificaciones, que irán desde la Galia y España hasta la Dacia.

El hundimiento de Macedonia no se refleja por igual en las fuentes romanas. En Tito Livio se percibe que los romanos no emprendieron sin temor las guerras contra Filipo V. Floro, en cambio, perteneciente a otro período, escritor imperial para quien es dogma el poderío romano y para quien las guerras macedónicas quedan ya en una brumosa lejanía de siglos, escribe con visible hipérbolo "introduit victoria fuit".

Entre la total sumisión de Grecia y la proclamación cesáreo augusta del Imperio, media más de un siglo. Todo este tiempo necesitó la sociedad romana para encontrar la fórmula estatal que le permitiese consolidar la dominación del mundo antiguo, virtualmente lograda ya.

Augusto –afirma Paribeni– debía desarticular una situación política desde tiempo atrás intolerable, y que había acarreado a Roma decenios de guerras civiles.

La constitución republicana incómoda, artificiosa, ilógica, tanto que causa

no poca maravilla el ver como, a pesar de tan imperfecto instrumento, la potencia romana haya podido realizar tan maravillosos progresos, había llegado a ser totalmente insuficiente para las exigencias de un gran imperio. Único remedio: la Monarquía; que descartase los dos inconvenientes más molestos: la colegialidad y la limitación de tiempo.

A la vez que este cambio institucional indicado por Paribeni, Roma desarrolla una política exterior carente de toda consideración para el vencido; política que inaugura ya en el siglo II (a. C.), en el momento mismo de su decisivo encumbramiento. "Tres ruinas humeantes, –Corintio, Cartago y Numancia–, dan testimonio ahora del poder de Roma. Estamos lejos de los tiempos en que ese poder se mostraba dando entrada en el panteón a los dioses de los vencidos, y a su patriciado en el seno de los quirites, o a su pueblo en el genio de la plebe", dice el gran historiador peninsular Oliveira Martins. "Roma fue terrible para esta democracia que se había sublevado, por todas partes al mismo tiempo y de tan súbita manera... Corinto, el hogar de la democracia, fue destruida, sus hombres fueron degollados, sus mujeres vendidas, sus riquezas y cuadros saqueados... Roma estableció entonces su Imperio. Comenzó por desarmar a Grecia; todas las ciudades que se habían declarado contra ella abatieron sus muros y entregaron sus armas. Grecia pagó un tributo y recibió un pretor. Acaya, que había resistido la última, dio su nombre a la nueva provincia". (Fustel).

El trato recibido en esta ocasión por Grecia ha de repetirse en la historia romana, ante nuevos enemigos, tantas veces como sea preciso. Pero no podemos juzgar con mentalidad moderna estos hechos. Fustel de Coulanges, pone muy acertadamente de relieve la satisfacción con que un gran heleno, Polibio, veía la sumisión de su patria: "Polibio es el último escritor de la Grecia libre y el historiador de la conquista. Su libro no es, sin embargo, inspirado por la nostalgia de la independencia ni por el odio de los vencedores. Cuenta sin indignación y sin dolor la larga historia de la sumisión de su país. No hay en él indiferencia, ni la imparcialidad del historiador. Es francamente del partido de los vencedores, se siente de que es dichoso de ver a Grecia obedecer. Ve a Grecia, en el término de su vejez como la había soñado de niño: sin agitación, sin partidos y sin crímenes. Bajo la admiración de la aristocracia y bajo el Imperio de Roma, proclama que Grecia se levanta de nuevo.

El tercer período de la historia de Roma es ya la plena identificación de la historia romana con la Historia Universal. Lo inicia propiamente César, y se prolonga hasta el fin de la Edad Antigua. Es el enérgico mantenimiento de la dominación universal. Mommsen ha visto con toda limpieza el papel universalizador de Julio César: " Que César haya sometido completamente a esta gran nación –las Galias– más allá de los Alpes, no es lo más importante de esta grandiosa empresa. El resultado positivo fue mucho más fecundo en consecuencias que el resultado negativo".

No cabe duda de que, si el gobierno senatorial hubiese podido prolongar durante algunas generaciones su existencia, la invasión de los bárbaros habría tenido lugar cuatrocientos años antes, y hubiera ocurrido en un tiempo en que la civilización romana no estaba establecida ni en la Galia, ni sobre el Danubio, ni en África, ni en España.

En tanto que el gran general, el gran hombre de Estado reconocía claramente en los pueblos germánicos el enemigo real del mundo grecorromano; en tanto que fundaba el nuevo sistema de defensa ofensiva con mano poderosa hasta en sus menores detalles, y protegía las fronteras del Imperio por ríos y murallas artificiales, que colonizaban las gentes bárbaras vecinas para alejar las otras, aprendía a reclutar el ejército romano con mercenarios tomados sobre la tierra enemiga, y ganaba para la civilización helenoitaliana el ímpetu necesario para conquistar el Occidente, como había conquistado el Oriente. Los hombres ordinarios ven el fruto de su acción, pero la semilla arrojada por este hombre de guerra va más lejos.

Fueron necesarios siglos para que se comprendiese que Alejandro no solamente había conquistado un reino efímero, en Oriente, sino que había llevado el helenismo a Asia; fueron igualmente necesarios siglos para que se comprendiese que César no solamente había conquistado una nueva provincia para los romanos, sino fundado la civilización romana de Occidente. Son los descendientes de esta generación quienes han comprendido el sentido de estas expediciones en Alemania y en Inglaterra, que acontecieron sin importancia militar, y, por tanto, sin resultado. Un número increíble de pueblos, de los cuales los marinos y los comerciantes apenas conocían la existencia y la situación, y que citaban, mezclando mucho de poesía a la verdad, fueron así introducidas en el mundo grecorromano. Cada día cartas y mensajeros de las Galias anunciaban el nombre de algún pueblo, de algún cantón, de algún país desconocido. Este engrandecimiento del horizonte histórico, que abrió la expedición de César más allá de los Alpes, fue un inmenso suceso histórico, comparable al descubrimiento del Nuevo Mundo por Cristóbal Colón. Los pueblos del Centro y Norte de Europa entraron en el sistema de los Estados Mediterráneos.

"No faltó mucho para que Ariovisto hubiese cumplido lo que ocurrió más tarde al godo Teodorico. Si esto hubiese ocurrido, nuestra civilización hubiese estado con la del mundo grecorromano en la misma relación que con la de la India y la de Asiria. La oscurecida grandeza de Grecia y de Italia fue como un puente que llevaba al edificio más majestuoso de la Historia Moderna; por esto la Europa Occidental es romana, por esto la Europa germánica es clásica, y los nombres de Temístocles y de Escipión suenan en nuestros oídos de otra manera que los de Asoka y Salmanasar, y Homero y Sófocles no son, como Kalidasa y los Vedas, curiosidades para botánicos literarios, sino que florece en nuestro propio jardín. Esta es la obra de César".

Porque César ha sido el gran agente universalizador de la historia romana, y su obra universal fue la occidentalización de la política, al par que la creación de formas nuevas, y más eficaces de gobierno que las viejas formas republicanas. En rigor, el verdadero legado político de César fue su política occidental que el Imperio mantuvo de una manera decisiva y permanente, hasta el final de su larga historia, hallando en cada una sus grandes figuras, desde Augustus hasta Teodosio, un renovador abnegado e inteligente.

Después de César, Roma integra la totalidad de las corrientes y las tendencias históricas del mundo antiguo. La historia del Imperio romano no será ya –solamente– historia de Roma, sino del "Orbis terrarum", propiamente universal. El Estado-Ciudad no llega a superarse como concepción política, teóricamente en un estado mundial, pero se supera en el orden mismo de los hechos, ya que no en el de la teoría. Y a medida que los hombre del Imperio (hispanos, galos, africanos y hasta griegos) se sienten romanos, el romano se siente Universal. Fustel de Coulanges ha entendido muy bien el valor de la categoría "Romano", en la gran época republicana e imperial.

"Cuando nosotros hablamos –dice– de antipatía de raza, decimos una cosa que el espíritu romano no ha comprendido jamás. Siempre el "Populus romanus" fue una mezcla de todas las razas. Compendió sucesivamente los latinos, los etruscos, los griegos, los galos, los españoles, los sirios. Se abrió, incluso, a los germanos; Arminio, Segesto y otros muchos fueron miembros del pueblo romano. Roma ignoró siempre la distinción de razas. No conoció más que la distinción de los Estados y las clases. Los términos de romano, latino y peregrino indicaban diferencias de Estado y de Derecho, no de razas. La palabra romano no significaba nacido en la Urbe, ni aún en el Imperio: se decía de todo el que estaba (cualquiera que fuese su raza) revestido del título de ciudadano. Un esclavo no merecía de los derechos de ciudadanía aunque hubiese nacido en la metrópoli de los Quirites, y en cambio un descendiente de los vándalos podía serlo.

Si pensamos en estos hábitos y en este estado de espíritu de los romanos y de toda la población del Imperio, comprenderemos cuan falso sería atribuir nuestra manera de pensar sobre la antipatía de razas a los descendientes de Rómulo, y no nos asombraríamos de que ellos, sin temor ni desconfianza, hayan abierto el Imperio a hombres que casi siempre le sirvieron bien".

En efecto, desde que Roma se posesiona del Mundo, una poderosa corriente de universalidad se suscita en su propio seno e impregna sus instituciones y el espíritu de sus hombres. Escritores de las más diversas tendencias y formación han comprendido esta progresiva universalización de su historia. La "Ciudad Eterna" es a un tiempo el Oriente y el Occidente; es una ciudad como la de Teseo y un Imperio como el de Ciro. Roma figura a Jano; en su cabeza hay dos caras, y en sus caras dos semblantes; el uno símbolo de la duración orien-

tal y el otro el del movimiento griego. Tan grande es su movilidad, que llega hasta los confines del mundo, y tan agigantada su duración, que el mundo la llama Eterna... Para decirlo de una vez: El Oriente es la tesis, el Occidente su antítesis, Roma la síntesis y el Imperio Romano no significa otra cosa sino que la tesis oriental y la antítesis occidental han ido a perderse y a confundirse en la síntesis romana". He aquí la universalidad de Roma comprendida por un escritor político –Donoso Cortés– muy poco afín con la investigación histórica. Y no puede sorprendernos este escaqueo hegeliano de Donoso. Hegel pensaba de modo muy análogo sobre Roma: Universalidad. Un fin que, como tal, existe pero en universalidad abstracta. Esta es la forma del Imperio Romano". Y Menéndez y Pelayo, acentuando quizás en extremo la nota de cosmopolitismo en el Imperio, escribía: "Todo el mundo era extranjero en Roma, sin tener, a pesar de eso, otra patria ninguna". Estas palabras son exactas, si con ellas se quiere indicar que el sentimiento nacional había sido referido a la suprema unidad política del "Imperium", forma estatal y nacional del "Orbis terrarum".

En esta abstracta universalización de la conciencia política, de las formas estatales y del sentimiento individual se fundieron dos corrientes contradictorias, y opuestas a la universalidad del Imperio: una que partía de la misma Ciudad del Tíber; otra, que procedía del mundo griego.

En los primeros momentos del auge político de la capital del Lacio, se produjo una corriente nacionalista, intransigente y patriótica. Catón representa, como nadie, esa tendencia tradicionalista romana. No se trataba sólo de un nacionalismo político, sino también cultural. De haber triunfado semejante dirección, la historia del mundo antiguo hubiese corrido por muy distintos cauces. Una rica literatura latina, nacional, sin influencias griegas, se hubiera producido lentamente en la sociedad de la triunfante república. La comunidad de pueblos lograda en el "Imperium" no hubiera sido un hecho. Un español, como Trajano, un dálmata, como Diocleciano, no hubieran podido llegar al solio imperial. Rutilio Namaciano, no hubiera podido escribir "Unam fecisti patriam", ni Orosio llamar "Romania" al "Orbis terrarum".

Cocchia pone de relieve las posibilidades de aquella literatura latina casi ahogada en germen bajo la influencia griega. Condena el hábito de considerar la literatura latina "Como una pura literatura de imitación". Hay unos orígenes a donde la imitación no llega, orígenes puros y autóctonos. En esa pura poesía originaria hay que buscar la verdadera historia de los comienzos de Roma. "Las dos leyendas de Coriolano y Camilo no son más que una pequeña parte de aquel rico tejido de tradiciones que constituyen el fondo de la Saga Romana".

Habla Cocchia de "El fiero desdén de Catón por las formas de la cultura griega, cuando expresó ante el Senado de este temor ("Ne illae magis res nos capiant quam nos illos").

Ilustres figuras de la romanidad antigua acompañaron a Catón en esta actitud. La postura nacionalista extrema, en orden a la tradición y a la cultura, tenía un insobornable fondo campesino. La campesinidad romana es el fondo de la tradición y del orgullo nacional. Sin embargo, por grave paradoja esta misma campesinidad conquistó el Mundo y fue la causa operante y real de la universalización de la historia latina.

La otra tendencia que se oponía a la identificación de Roma con el Mundo sometido, y a la unidad política y humana del Imperium, fue la oposición de las provincias, oposición encarnada, sobre todo, en el mundo helénico. En un comienzo, esta oposición fue vivacísima, tenaz e implacable. Con el curso de los siglos fue cediendo. Comienza esta oposición, ya antes de que se sometiese el mundo cuando se la vislumbró como una gran potencia mundial.

Pirro es la primera expresión política y militar de la oposición. Después Filipo V. Sometida Grecia y el Oriente, la oposición persiste como propaganda y resistencia espiritual, en su mayor parte de procedencia greco-oriental, como ha puesto de relieve Harald Fuchs.

La historiografía providencialista, inspirada en pensamientos agustinianos, afirmó desde el primer momento, que la misión de Roma había sido, unificar el Mundo, preparar el advenimiento del Cristianismo. El Cristianismo, difundándose entre las grandes masas de la población del Imperio, y alcanzando después la categoría histórica de religión oficial del Estado, se convierte en el gran factor del cosmopolitismo latino. Por el Cristianismo, más aún que por sus propias conquistas y expansión militar, habría de pasar Roma a constituir por sí sola una de las etapas centrales de la Historia Universal.

Por de pronto, el Cristianismo suponía una interpretación del hombre mucho más honda, más extensa, y por lo tanto, más mundial que la ideada por las formas de la piedad pagana e incluso por las especulaciones de la filosofía griega. No tiene sentido toda cuanta comparación quiera establecerse entre la piedad y la accessis platónica con la cristiana. El Cristianismo es una valoración radicalmente nueva y distinta del hombre. No sólo más universal que la griega en el sentido de su difusión sino en el sentido de la interpretación de la naturaleza humana, pues la concepción socrático-platónica del hombre hace de la razón el centro de gravedad de toda la personalidad humana, mientras el Cristianismo integra con la razón y el cuerpo las zonas, radiantes y oscuras de la afectividad.

Max Scheler ha penetrado hondamente en el sentido de esa diferencia: "Por grandes que sean —dice— las diferencias de valor que Platón hace en el Banquete, entre las especies del amor, éste es siempre para los griegos algo que pertenece a la esfera sensible, una forma del apetito, de la necesidad... En la esfera de la moral cristiana, en cambio, el amor es sobrepuesto expresamen-

te, por lo que se refiere al valor, a la esfera racional. El amor "nos hace más bienaventurados que toda razón" (San Agustín). El amor cristiano es una intención espiritual sobrenatural que rompe y de hace todas las leyes de la vida impulsiva natural, y que quiere colocar al hombre en un estado vital enteramente nuevo".

Gründler también ha llegado a penetrar este papel del amor en el Cristianismo, como esencial integración de toda la persona humana en la concepción religiosa, y por tanto, base de su mayor universalidad.

"En la comunión religiosa de todas las personas finitas, formada por el amor al prójimo y por la solidaridad moral, culmina por esencia toda religión. Pero de las religiones positivas, sólo el Cristianismo ha escalado esa cúspide. Dicha esencia no ha sido en parte alguna más puramente expresada que en el mandamiento fundamental de Cristo".

Es, pues, el Cristianismo una fuerza espiritual universalizadora en lo que se refiere a comprender la esencia del hombre y a integrarla en la concepción religiosa. Cabe preguntar: ¿lo es también en lo que respecta a la relación del individuo con la sociedad?. ¿Contribuye a evidenciar la identidad de la esencia humana, y a generalizar los ideales sociales, o por el contrario, fragmenta en grupos la unidad inicial "humanidad"?.

No cabe duda que el estoicismo había dado algunos pasos en el sentido de concebir al género humano como una remota unidad moral, y al hombre como universal soporte de unas cualidades que genéricamente le corresponden. Pero esto no había pasado en el estoicismo de una especulación teórica de escuela, de una postura de minorías.

Por otra parte, el estoicismo comportaba una concepción del sabio desdenosa y aisladora, que no podría trasmutarse jamás en un vasto movimiento social de caridad. El Cristianismo enseñaba que el hombre ya no pertenecía a la sociedad más que en una parte de su ser. Que con ella estaba relacionado por su cuerpo y por sus intereses materiales; que súbdito de un tirano, debía someterse; que ciudadano de una nación debía dar su vida por ella, pero que su alma era libre y sólo estaba obligado a Dios... El estoicismo había ya determinado esta separación. Había hecho autónomo al hombre y fundado la libertad interior. Pero el Cristianismo hizo de lo que sólo era el esfuerzo de la energía de una secta valerosa, la regla universal e inquebrantable de las generaciones siguientes; de lo que sólo era consuelo de algunos, hizo el patrimonio común de la Humanidad".

Esta capacidad social del Cristianismo para universalizar la idea de la libertad interior del hombre y generalizar la concepción de género humano como suprema unidad a la que quedan subordinados todos los individuos, es lo que dio a la Iglesia el arrollador empuje que la permitió, en pocos siglos atraerse a la

sociedad antigua. "En el siglo III la Iglesia Cristiana adquirió un vigor extraordinario. Los métodos del Estado eran la opresión, la coacción y las persecuciones. Las máximas de la Iglesia, en cambio, el amor, la compasión y el consuelo".

Son, pues, tres las grandes causas que contribuyen a transformar a Roma en una especie de patria general, y a dar a su historia rango universal:

- En primer lugar, las conquistas y agregaciones territoriales, que crean la grandeza material y geográfica del Estado Romano.
- En segundo término, la forma estatal forjada por César y Augusto, y profundamente reformada en sucesivas etapas de la vida histórica romana: forma estatal de increíble flexibilidad.
- Y, finalmente, la propagación del Cristianismo y su exaltación a rango de corriente espiritual dominante en la sociedad y el Estado.

La concurrencia de esas tres causas es lo que convirtió a Roma en un Estado Universal, patria de las más diversas gentes, al decir del famoso poeta galo. Así superó Roma, de un lado, su propio nacionalismo intransigente, catoniano y rural; y de otro, la oposición militar y espiritual que le fue presentada por el mundo greco-oriental. Así se explica ese patriotismo romano que a fines del siglo IV, y comienzos del V, cuando las invasiones son una amenaza indudable o una realidad, cuando la decadencia se hace evidente a los mismos romanos, surge en los extremos distantes del Imperio, en occidente, Orosio, o en oriente Sinesio.

No acierta Berthelot cuando escribe: "Escritores como Salviano, las grandes figuras como San Agustín y San Jerónimo, mostraban su indiferencia hacia los destinos del Imperio. En "La Ciudad de Dios" y en "De Gubernatione Dei", hay llamamientos a los bárbaros".

El juicio de Berthelot es unilateral. Los escritores eclesiásticos censuran ciertas libertades de la sociedad romana, ciertas extralimitaciones del poder. En rigor, un sentimiento de patriotismo superior, imperial, que en cierto modo incorporará también la herencia griega, domina en los instantes finales del mundo antiguo.

Hemos visto, por Rutilio Namaciano, como se expresan los poetas. San Agustín se considera ciudadano romano y trata de coonestar su postura cristiana con su personalidad de "cives romanus".

Idéntica teoría mantiene Orosio, que habla además de la "Romania", pueblos educados o asimilados por el Lacio. El adusto San Jerónimo, asceta nato, dotado del espíritu de los grandes días heroicos del Cristianismo, habituado a llamar a Roma "Babilonia", ciudad corrupta y fatal, se siente ciudadano de la Urbe del Tiber, y clama al Señor ante la invasión y la desaparición del Imperio.

Y Sinesio, la compleja figura oriental, pasa a la historia como ejemplo póstumo de un caso helenístico de patriotismo latino, dejando el preclaro testimonio de su nostalgia imperial.

Y así transcurre la transición de la Edad Antigua a la Edad Media, bajo la difusa nostalgia del Imperio. Esa nostalgia ha de durar siglos y siglos.

El Imperio Romano desapareció por una extensa y compleja confluencia de causas económicas, políticas, militares y religiosas, insertas todas en la final disgregación de la unidad imperial ante el avance bárbaro.

Pero de lo que no cabe dudar, y toda duda sería disipada ante la simple compulsión de la historiografía medieval y ante la simple constatación del intento carolingio y otónico de resurrección del Imperio Romano, es de la vivacidad y conmovedora emoción con que los ideales centrales de la Antigüedad pasaron a la conciencia colectiva del hombre medieval.

Esos ideales, en los que tienen de más noble y universal, no eran de exclusiva elaboración romana. Pero es fuerza reconocer que la Ciudad Eterna los había dignificado y difundido. Es necesario, ante el doble testimonio de la historia antigua y medieval, confesar que durante varios siglos, la Historia de Roma y la Universal se confunden en un sólo y profundo proceso.

BIBLIOGRAFÍA

NAMACIANO Rutilio, *De itinere suo*. París. Hachette, 1921.

PARIBENI Roberto. *Optimus princeps*. Messina. Principato. 2 vols. 1926-27.

OLIVEIRA MARTINS, J. *Historia de la República Romana*. Lisboa. Pereyra. 1927.

Fustel de Coulanges. *Polybe ou la Grece conquisee par les romains. Questions historiques*. París. Hachette. 1923.

MOUNSEM Theodoro. *Historia de Roma*.

HEGEL Juan Federico *Filosofía de la Historia Universal*. Madrid. Revista de Occidente.

MENÉNDEZ PELAYO. *Historia de las Ideas Estéticas*. T- 1º. 1.900.

COCCHIA Enrico. *La Letteratura latina anteriore all'influenza ellenica*. Napoli. Vol.I

GRÜNDLER Otto. *Filosofía de la Religión*. Madrid. Revista de Occidente.

ROSTOVOZEFF, M. *Historia social y económica del Imperio Romano*. Madrid. Espasa-Calpe, 3ª Edic., 2 vols.

BETHELOT A. *El mundo romano*. Novísima Historia Universal. Escrita por individuos del Instituto de Francia. VI Vols. Madrid. (S.A.)